

SUPER BOWL >

Bad Bunny deslumbra en la Super Bowl con una odisea puertorriqueña y la defensa de América más allá de Estados Unidos

El artista boricua firma, con la ayuda de Lady Gaga y Ricky Martin, una brillante actuación en el espectáculo del descanso de la final de la NFL más esperado, que Trump define como “terrible”



El espectáculo de medio tiempo de Bad Bunny en la Super Bowl LX

07:15

Bad Bunny se presenta durante el medio tiempo del Super Bowl LX de la NFL.
Foto: MIKE BLAKE (REUTERS) | Vídeo: APPLE MUSIC SUPER BOWL HALFTIME SHOW



IKER SEISDEDOS

Santa Clara - 08 FEB 2026 - 22:10 AST

      218 

Una fantasía de palmeras, cañas de azúcar, postes de luz, partidas de

dominó, mujeres haciéndose las uñas y rincones entre el Viejo San Juan y Nueva York —con su mercado (La Marqueta, como el de Harlem), su “Casita”, su barbería y una licorería que decía, simplemente, “Conejo”— sirvió [a Bad Bunny](#) de escenario para su deslumbrante consagración como icono de los hispanos en Estados Unidos y de los latinoamericanos en el mundo; el mundo de Donald Trump. Fue este domingo en Santa Clara (California), en el desbordante *show* del descanso del partido de la Super Bowl, que, en algo que solo cabe calificar como un triunfo para el artista, el presidente de Estados Unidos corrió a definir como “terrible”.

Era en realidad el “[medio tiempo del Súper Tazón](#)”, como lo llamaba, así, en español, la pantalla del estadio de los San Francisco 49ers en el intermedio de la final de la NFL que enfrentó a los Seahawks y los Patriots. El cantante apareció de punta en blanco, con un balón de fútbol americano que retomó al final de la actuación, cuando, con el fondo de su himno *DtMF*, exclamó “Seguimos aquí” y marcó un *touchdown* por la unidad del continente americano.

Estaba rodeado de un cuerpo de baile que portaba las banderas de todos sus países, cuyos nombres acababa de recitar con rabia el cantante, que enarboló la de su isla, Puerto Rico. El cuero decía: “Juntos somos América”.

MÁS INFORMACIÓN

La Super Bowl de Bad Bunny: el ‘baile inolvidable’ de los latinos en Estados Unidos

Fue el broche a un recital fulgurante e imaginativo, una auténtica odisea a través de la cultura puertorriqueña, la de la isla y la del destierro, en la que hasta hubo una boda de verdad (y un niño dormido en las mesas, como en una boda latinoamericana auténtica), además de otras sorpresas como ver a Lady Gaga, acompañada por el conjunto puertorriqueño Los Sobrinos, interpretar en clave salsera *Die with a Smile* (con la que ganó el Grammy junto a Bruno Mars el año pasado), antes de fundirse en un *Baile inolvidable* con el protagonista.

El otro gran invitado fue [Ricky Martin](#), también puertorriqueño, en un

gesto de reconocimiento a los que vinieron antes que él en la conquista del mercado estadounidense que honra a Bad Bunny. Martin interpretó, acompañado por el rasgueo de un cuatro, *Lo que le pasó a Hawaii*, un tema incluido en el último disco del anfitrión, [*DeBÍ TiRAR Más FOToS*](#), que pide a los suyos que no abandonen su herencia y sus raíces. Antes, Bad Bunny había incorporado un *medley* de éxitos de reguetón primigenio, con *La gasolina*, de Daddy Yankee y *Dale Don dale*, de Don Omar.



Bad Bunny junto a Jessica Alba, Alix Earle y David Grutman, entre otros.
JEENAH MOON (REUTERS)

Cuando retumbó en el estadio de los 49ers el ritmo urbano caribeño — antes denigrado; hoy, convertido en *lingua franca* global— las pantallas escupían con letras mayúsculas una sola palabra repetida, “PERREO”, tras un arranque en el que sonaron canciones como *Tití me preguntó* y *Yo perreo sola*.

En las gradas, un público mayoritariamente blanco no hizo demasiado caso a la exhortación. Los casi 70.000 asistentes a la final reaccionaron con cierta indiferencia al *show*, por más que el maestro de ceremonias estuviera haciendo historia ante sus ojos al hablar solo en español por primera vez en décadas de *halftimes* de la Super Bowl.

Famosos como Karol G, Jessica Alba o Pedro Pascal lo acompañaron desde una “casita” que recordó a la de la histórica residencia de una treintena de conciertos del verano pasado en Puerto Rico. También se vio a un icono *nuyorican* y de la noche de la Gran manzana, La Toñita, quien, llegada directamente desde Brooklyn, sirvió un trago a Bad Bunny mientras sonaba su nombre en la letra de *NUEVAYoL* (que dice: “*Un shot de cañita en casa de Toñita, ay / PR se siente cerquita*”).

FOTOGALERÍA



La final, en imágenes

“Si hoy estoy aquí es porque nunca dejé de creer en mí mismo”, exclamó en la Super Bowl [Benito Antonio Ocasio Martínez](#), nombre de bautismo del chico de Vega Baja que desde hace una década pulveriza todas las marcas de la música en español. Ese muchacho que no se dejó vencer apareció después, en otro guiño de un espectáculo lleno de giros de guion y de referencias a la historia de Puerto Rico, cuando el músico entregó a un niño uno de los dos premios Grammy que el artista logró el domingo pasado. La carita del crío recordaba a Bad Bunny de pequeño (tal vez porque el actor vestía como en una vieja foto del artista), pero también a Liam Conejo, el niño de cinco años detenido en Minneapolis y convertido en símbolo de la brutal política migratoria de la Casa Blanca.

Los fans del cantante habían bromeado durante la semana que [un par de equipos de fútbol americano](#) estaban encargados este domingo de amenizar la espera de la *Benito Bowl*, como decían, en referencia al

nombre de pila del artista, algunas camisetas en el estadio Levi's, a una hora al sur de San Francisco. La ocasión, 13 minutos musicales que parten por la mitad un partido que siguen 130 millones de personas, es todo un acontecimiento del entretenimiento global, pero esta vez los superlativos se quedaron cortos. Por motivos más políticos que artísticos, era el *show* más esperado de los últimos tiempos.

Los grandes pronunciamientos de Bad Bunny fueron su previsible homenaje a Puerto Rico y su no tan prevista defensa de América más allá de Estados Unidos. También, del gesto de bailar como un acto de resistencia. Y del español como una llave capaz de abrir uno de los espacios simbólicos más codiciados de un país cuyo presidente ha hecho oficial el inglés por decreto y ha lanzado la que aspira a ser la “mayor deportación” de inmigrantes irregulares de la historia. Son millones de personas, muchas de las cuales llevan décadas viviendo aquí, y hablan en español y chapurrean en inglés... y viceversa.



Con [Bad Bunny](#), que no es inmigrante, sino ciudadano, subió también al escenario la colisión entre dos visiones de Estados Unidos en la era (una década, ya) de la [crispación de Trump](#): la América blanca, cristiana y monolingüe que teme, como predicen los demógrafos, la llegada del día en el que dejen de ser la mayoría, contra la de la diversidad y la inmigración.

También acompañaron al músico desde la distancia los 3,2 millones de puertorriqueños, ciudadanos estadounidenses de segunda, con una larga memoria del colonialismo y una historia reciente que se cuenta a partir de las crisis sucesivas de la deuda, la devastación y el abandono [del huracán María](#), que también tuvo su referencia en el *show* cuando el músico cantó *El apagón*, subido a un poste de la luz, y la gentrificación y sus desplazamientos. Bad Bunny es hijo de todo eso.

La otra parte del país, a la que el artista dedicó la frase "Lo único más poderoso que el odio es el amor", estaba llamada a desconectar durante el descanso para asistir a un espectáculo alternativo. "Di no a lo *woke* y sintoniza el Intermedio Exclusivamente Estadounidense", pedían horas antes del inicio del partido sus promotores, la organización de proselitismo juvenil [MAGA \(Make America Great Again\)](#) Turning Point, fundada por el activista asesinado Charlie Kirk. La oferta la encabezaba Kid Rock, gloria pasada del rap metal y amigo personal de Trump, y la completaba un puñado de cantantes *country* de segunda. Fue un espectáculo mortecino, que además sufrió problemas en una retransmisión que llegó a reunir a seis millones de personas en YouTube.

El contraste entre la estética de ambos *shows* —uno, obsesionado con un pasado que no está claro que haya existido; el otro, anclado en el presente— habló con elocuencia de la gran fractura estadounidense en el año en el que el país conmemora el 250° aniversario de la independencia de los ingleses, como recordaban los logos de *America 250* que adornaban el estadio de Santa Clara.



Bad Bunny y Lady Gaga durante el medio tiempo.
CARLOS BARRIA (REUTERS)

“Es terrible (...), una afrenta a la grandeza de Estados Unidos y no representa nuestros estándares de éxito, creatividad ni excelencia”, escribió Trump en su red social, Truth, según hubo terminado Bad Bunny, en lo que fue su manera, tal vez involuntaria, de admitir que había visto ese espectáculo y no el organizado por sus simpatizantes para complacerlo. “Nadie entiende una palabra de lo que dice este tipo, y el baile es repugnante, especialmente para los niños pequeños que lo ven en todo Estados Unidos y en el resto del mundo”, añadió el presidente.

Tres horas antes del saque inicial, un grupo de activistas repartió toallas con mensajes [contra el ICE](#) en un hotel cercano al estadio de los San Francisco 49ers, el mismo en el que hace 10 años un jugador llamado Colin Kaepernick lanzó su propio alegato al arrodillarse mientras sonaba el himno estadounidense para protestar por el racismo en los albores del movimiento Black Lives Matter.

Liga, como casi todas las ligas, que mantiene una prudente distancia con la política, la decisión de la NFL (y de Roc Nation, la [promotora del rapero Jay-Z](#) que se encarga de la organización del espectáculo del descanso) de contratar a Bad Bunny volvió a colocarla en el centro de un debate, así como en el punto de mira de Trump. Es ya famosa la frase que este pronunció en *Saturday Night Live*, programa cómico de la NBC, cadena que tiene los derechos de la Super Bowl, pocos días después de aceptar el encargo: “Faltan cuatro meses. Aún tienen tiempo para aprender español”.

El terror migratorio en directo

Conociendo la escasa inclinación del estadounidense por el bilingüismo, es poco probable que muchos hayan hecho los deberes, pero es seguro que una mayoría ha visto desplegarse en esos cuatro meses la brutalidad de la política migratoria de Trump en ciudades como Portland, Chicago o, sobre todo, Minneapolis. En sus calles, los agentes federales han matado a tiros a dos ciudadanos estadounidenses indefensos.



La mezcla del extraordinario púlpito al que la NFL le ha dado acceso, el mayor escaparate musical del año en Estados Unidos (y cada vez más, también del mundo) y el perfil combativo del músico, han convertido a Bad Bunny en esta segunda presidencia de Trump en un símbolo de la resistencia ante la policía migratoria de la Casa Blanca, una amalgama de agentes enmascarados y fuertemente armados que ya se identifica en el imaginario popular con las siglas de uno de ellos: ICE (Servicio de Inmigración y Control de Aduanas). El domingo pasado, al recoger el Grammy al mejor álbum de música urbana, Bad Bunny dijo “ICE fuera” (ICE Out), antes de dar las gracias a Dios por el reconocimiento. Después, también obtuvo el de mejor álbum del año, a secas.

Este domingo presentó su candidatura en otra categoría: la que se disputan los mejores espectáculos de la Super Bowl de la historia reciente.

SOBRE LA FIRMA



Iker Seisdedos

Es corresponsal jefe de EL PAÍS en EE UU. Licenciado en Derecho Económico por la Universidad de Deusto y máster de Periodismo UAM / EL PAÍS, trabaja en el diario desde 2004, casi siempre vinculado al área cultural. Tras su paso por las secciones El Viajero, Tentaciones y El País Semanal, ha sido redactor jefe de Domingo, Ideas, Cultura y Babelia.